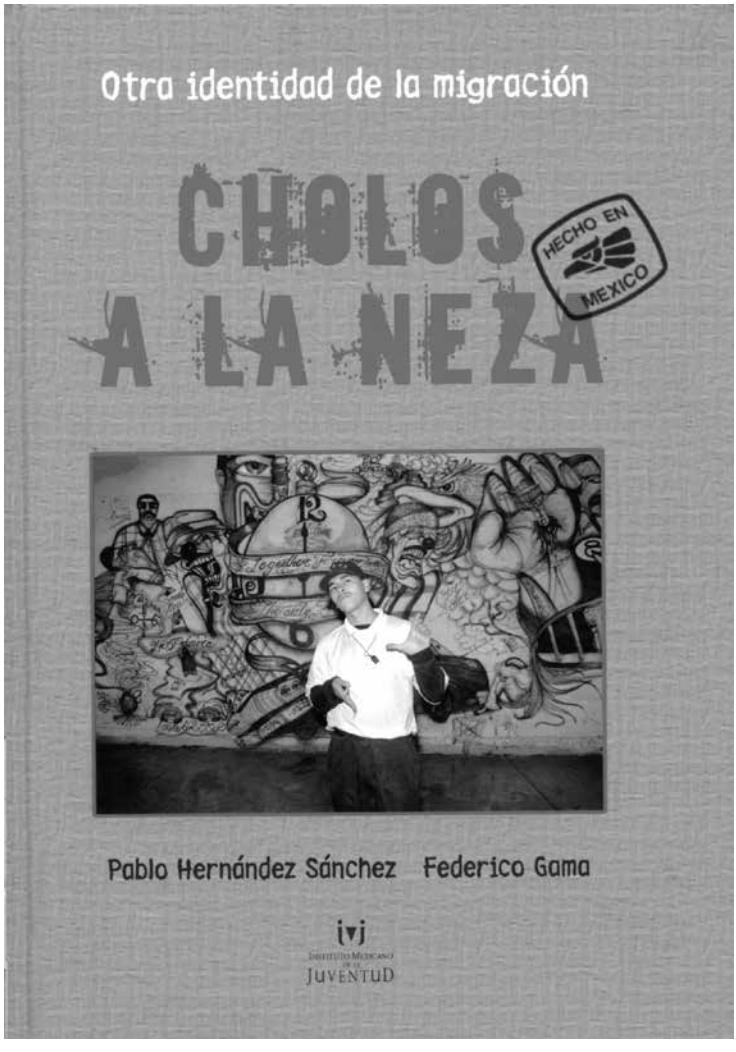

Hernández Sánchez Pablo y Federico Gama (2007), *Cholos a la Neza. Otra identidad de la migración,* México, Instituto Mexicano de la Juventud, 137 pp.

Pablo Hernández Sánchez, promotor cultural y Federico Gama, fotógrafo, cuyo trabajo ha sido reconocido en México, Puerto Rico y Colombia, hace siete años publicaron *Cholos a la Neza. Otra identidad de la migración*; libro editado por el Instituto Mexicano de la Juventud que en 2008 fue nominado al premio All Roads que otorga el proyecto All Roads de National Geographic.

Este texto invita al lector a hacer una reflexión no sólo sobre el fenómeno cultural de los jóvenes de Nezahualcóyotl, sino respecto al contexto que la sociedad les ha dejado a través del tiempo, es decir, una realidad azotada por la violencia.

Dichos autores, a través de fotografías en blanco y negro, testimonios, entrevistas radiofónicas —realizadas a diversos expertos en el tema e integrantes de pandillas— y canciones explican de una manera puntual y detallada las características de una de las tribus urbanas que actualmente está fuertemente arraigada en nuestro país, sobre todo en Ciudad Juárez, Guadalajara y Nezahualcóyotl: los cholos.

En diversas partes de Latinoamérica se utiliza la palabra *cholo* para designar a los indígenas aculturados en forma parcial. No obstante, el término *cholo* significa mestizo, amerindio; en 1571 Fray Alonso de Molina definió *xolo* como esclavo o sirviente.

Los cholos son un grupo de jóvenes que además de ser discriminados constantemente por su manera de vestir, enfrentan un problema aún más grave que el de su identidad, la violencia a la que se someten desde el momento en el que ingresan, y la cual toman como forma o estilo de vida.

A finales de la década de los años sesenta, esta tribu tiene sus orígenes en las comunidades latinas y barrios, en las ciudades del sur

de Estados Unidos, principalmente, en los Ángeles, California. Se concentra específicamente en aquellos lugares en los que la pobreza y la marginación prevalecen.

Una serie de imágenes retratan cada uno de los elementos que componen y dan forma al *look cholo,* tales como, camisetas y tenis de marca, pantalones holgados, escapularios, paliacates en la cabeza, entre otros.

Para integrarse a uno de estos grupos, es preciso pasar una prueba a la que le llaman 13 segundos, la cual recibe este nombre porque alude al tiempo en que la persona debe soportar todo tipo de agresiones sin llorar ni mostrar miedo. Se podría llegar a pensar que los hombres son los únicos que participan en este tipo de ritos, sin embargo, también las mujeres se involucran, y no sólo eso, sino que demuestran la misma fuerza, valor y aguante que sus compañeros varones.

Sus antecedentes se encuentran en la forma de vestir, el lenguaje, la expresión y la onda gangsteril de una de las figuras que Octavio Paz aborda en uno de sus capítulos dentro de su obra, *El laberinto de la Soledad* y que se volvió un símbolo de la identidad nacional: el pachuco, un personaje emblemático de la época de oro del cine mexicano.

El pachuco surgió entre 1940 y 1950; usaba sombreros de ala ancha con una pluma al costado, camisa negra o rosa, trajes payos, pantalones de doble tabla; sin embargo, en México, su atuendo cambió porque en esa época la forma de vestir era más elegante.

Tanto los pachuchos como los cholos son producto de la migración que influye de sobremanera en el proceso del sincretismo cultural (en el que un país toma elementos de otro, los adopta y los asimila); grupos discriminados que intentan construir, encontrar o forjar su propia identidad.

Las imágenes de algunos títulos de películas como *Zoot Suit* (*Fiebre latina), Colors, American me* (*Santana ¿americano yo?), My crazy life* (*Mi vida loca) o Blood in Blood out* (*Sangre por sangre)*, así como la situación económica que vivía México a principios de la década de los noventa también sirvieron como referente para el surgimiento de los cholos.

En las letras de las canciones *Alma azteca* y *Mi país* de Northside, Grupo azteca grupos referentes de la música que los cholos escuchan, sobresale además del lenguaje, las raíces prehispánicas, el orgullo que el mexicano siente de su nación y de ser quien es, a pesar de que en muchas ocasiones sus connacionales o los extranjeros lo califiquen de manera despectiva como campesino, indígena, chundo, paisano o morenos ya sea en su país o en otro lado, así como las características que lo hacen único y especial: la perseverancia, el espíritu de lucha, la solidaridad, lo valiente y el amor a la patria y a la madre.

Las imágenes sacras como, los símbolos patrios, los héroes revolucionarios, los motivos prehispánicos y las experiencias cotidianas del mundo de vida marcado por la violencia, la droga, la enfermedad, el carnalismo y la muerte son plasmadas en murales, *graffitis* y tatuajes en los que se refleja el arte cholo.

El talento e ingenio de estos jóvenes se nota cuando transforman los autos clásicos (*low riders*) y las bicicletas (*low bykas*) adaptándoles amortiguadores y suspensiones que soporten llantas anchas, faros diferentes, rines con diseños caros, luces de colores y un buen equipo de audio.

Las manifestaciones antes referidas no sólo son la forma en la que se fusiona la cultura norteamericana y mexicana, sino el medio que los cholos utilizan para escapar de la estigmatización.

Los jóvenes cholos, integrantes de cada pandilla, se enfrentan entre sí por problemas de rivalidad o por el control del barrio, que llegaban en ocasiones a la muerte; todo ello es evidencia de que el municipio de Nezahualcóyotl está corrompido y que las autoridades de esta entidad no toman las medidas necesarias para resolver los crímenes que ocasiona los conflictos entre los integrantes de las *klikas* (pandillas de cholos).

Este libro exhorta tanto al Estado como a la sociedad a comprender, ayudar y apoyar a la juventud, así como proponer y crear oportunidades, medios, espacios y soluciones que les permitan desenvolverse en un ambiente en donde no haya conflictos, guerras ni violencia, sino paz para que todos puedan convivir en armonía, alejados de las drogas que lo único que hacen es destruirlos.

Dulce Thalía Bustos Reyes